**Lo imborrable**

Bernardo Kordon (de *Los navegantes*, 1972)

Estuve embarcado cinco meses. Era el primer viaje del *Presidente Castillo* con bandera argentina. Navegué en pleno tiempo de guerra, en aguas infestadas de submarinos. Fui el único de la barra en ver mundo. ¡Casi todos los países del continente! He estado con minas de toda clase y colores: negras brasileñas y una china de verdad en el Perú, una piba todavía sin pelos en Buenaventura y una mulata de locura en Panamá. ¿No es más importante que agarrarse una triste blenorragia en un clandestino? De modo que cuando volví dejé la valija en casa y corrí al café. Ahí estaban los tres tipos de mi barra, como si me esperasen hacía tiempo.

-¡Muchachos! –les grité-. ¡Aquí estoy!

Avancé hacia la mesa con los brazos abiertos. Al final quedé parado frente a la mesa y Mentolado fue el primero en levantar la mirada para decirme con total indiferencia:

-¿Qué tal?

Fue como si en vez de navegar cinco meses me hubiera levantado de la mesa para echar una meada y nada más. El Pepe y Susini retomaron la conversación, algo sobre el clásico Boca – Huracán jugado el último domingo, que yo no había visto y entonces no podía opinar. Claro que se pusieron de acuerdo para recibirme así, y a lo mejor hasta ensayaron el gesto desganado, pero yo me las aguanté bien piola, aunque me ponía colorado de sólo recordar mi saludo a los gritos desde la puerta: “¿Qué tal?”, había levantado la cabeza Mentolado como si yo hubiera vuelto de comprar cigarrillos en vez de navegar cinco meses por el Atlántico y el Pacífico, a través del Canal de Panamá y del Estrecho. Mentolado, claro, defendía la importancia de su blenorragia como único acontecimiento de la barra, y los otros lo seguían, porque siempre les pareció mal que alguien del barrio hiciese algo distinto a los demás, como cuando a la hermana del mismo Mentolado se le dio por usar sombrero como una bacana, y el barrio la trató de engrupida y de algo peor.

Seguí navegando y al año siguiente me agarré esa tremenda curda en Valparaíso. Me gustó una mujer que encontré y tomamos pisco, vino, chicha, hasta olvidarme la clase y cantidad de trago. Y no era eso solo: yo andaba reloco porque empezamos a recorrer los cabarets en la hora de los shows con strip tease con tanta mina linda en bolas, y al final la tipa que me gustaba me llevó a un lugar bien raro que le dicen “La cárcel”. Imagínese que hay un patio de gayola rodeado de calabozos con rejas de hierro que parecen de verdad. Entramos en un calabozo con la mina y nos cerraron la puerta con un candado.

El tipo disfrazado de guardia de la cárcel era el mozo y nos pasó una botella de pisco por las rejas. Entonces comenzó el show que duró un buen tiempo. Yo estaba abrazado a las rejas, la mina me abrazaba y las bailarinas se desnudaban casi al lado nuestro, aprovechando, claro, que los hombres estábamos bajo rejas, agarrados a los barrotes, y eso parecía calentar tanto a los hombres como a las mujeres. Al final salimos y nos metimos en un hotel, pero no me gustó nada la pieza, chiquita y sucia, con un vidrio roto por donde entraba el frío del mar. Había tomado mucho como para terminar la cosa y entonces propuse seguir recorriendo los boliches del puerto. A la mina le gustó la idea: seguía con sed de pisco y andaba más chiflada que yo. No se cansaba de besarme y que me quería mucho, y al final me dijo que nunca se olvidaría de mí y que para estar segura de no olvidarse nunca quería tatuarse mi nombre en una teta, en la panza o donde yo quisiera. Con la condición, claro, de que yo también llevara su nombre para siempre. Me lo dijo con esa vocecita tan linda de chilena y estábamos tan borrachos que enseguida me convenció. Entonces me llevó por unas callecitas que subían los cerros del puerto y allí, en un pequeño sótano, estaba trabajando el tatuador. Ya amanecía por el lado de la bahía y el tipo no dormía: era justamente su hora de mayor laburo. La mujer se hizo grabar un corazoncito y mis iniciales: A. F., debajo de la teta del corazón, y después llegó mi turno. El viejo tatuador era un verdadero artista y propuso hacerme un lindo trabajo especial en los antebrazos, con anclas y águilas, y me pareció una idea macanuda. Acepté y el viejo comenzó a laburar con su aguja eléctrica. La tipa reclamó su nombre, que lo pusiera en un lugar bien visible. Se llamaba Lucha y yo le dije que no, que con ese nombre Lucha no lo pusiera, porque yo iba a parecer un sindicalista o un guerrillero. Que pusiera sus iniciales y con letra chiquita, como hizo ella. Entonces la mina se puso furiosa. Se rechifló y trató al tatuador de viejo maricón. A mí también me dijo de todo y rajó afuera. Se olvidó la boluda que llevaba mis iniciales sobre el corazón y ni siquiera me pidió unos mangos. Yo me quedé con el tatuador, que en verdad era un viejo maricón, y me hizo esta obra maestra. Mire el trazo y los colores. Era un verdadero artista el viejo ése. A veces me encuentro con marineros extranjeros, que conocen mucho sobre tatuajes, como son los griegos y los yanquis, y todos me dicen que es un gran tatuaje, yo lo llamo propiamente un cuadro.

Esa vez volvimos a Buenos Aires por el Estrecho de Magallanes, y como siempre volví al café. Era verano y me presenté en mangas de camisa bien arremangada. Puse los brazos en la mesa, así como al descuido, y llamé al mozo. Los tipos de la barra se mostraron indiferentes y yo más que ellos. Mentolado, como siempre, fue el primero en hablar:

-¿Y eso?

Con el mentón me señaló los brazos tatuados. Me encogí de hombros:

-Un tatuaje. ¿Nunca vieron?

-Decime –me preguntó Susini-. ¿Eso se borra así nomás con agua y jabón?

-No se borra nunca –dije con mucha tranquilidad-. Dura la vida entera.

Ahí entonces me di el gusto de ver a la barrita con la boca abierta.

-Ahora sí que te jodieron –opinó Mentolado.

-A tu hermana la jodieron y cuando era bien chiquita –le contesté. Esto de tatuarse es cosa de hombres y deben opinar los hombres.

Ya los había visto con la boca abierta y no necesitaba más. Llamé al mozo para darme el gusto de sacar del bolsillo un buen fajo de billetes y pagué todo el gasto de la mesa y le dejé cien mangos de propina al gallego y me fui diciendo chau y punto. No volví nunca más porque soy marinante, ¿sabe? Al final un marinante se hace algo diferente a los demás, y eso de ser diferente, no sé si me hago entender, se convierte en una especie de orgullo, algo que nunca se puede borrar, igual que estas anclas y águilas que llevo en los brazos.